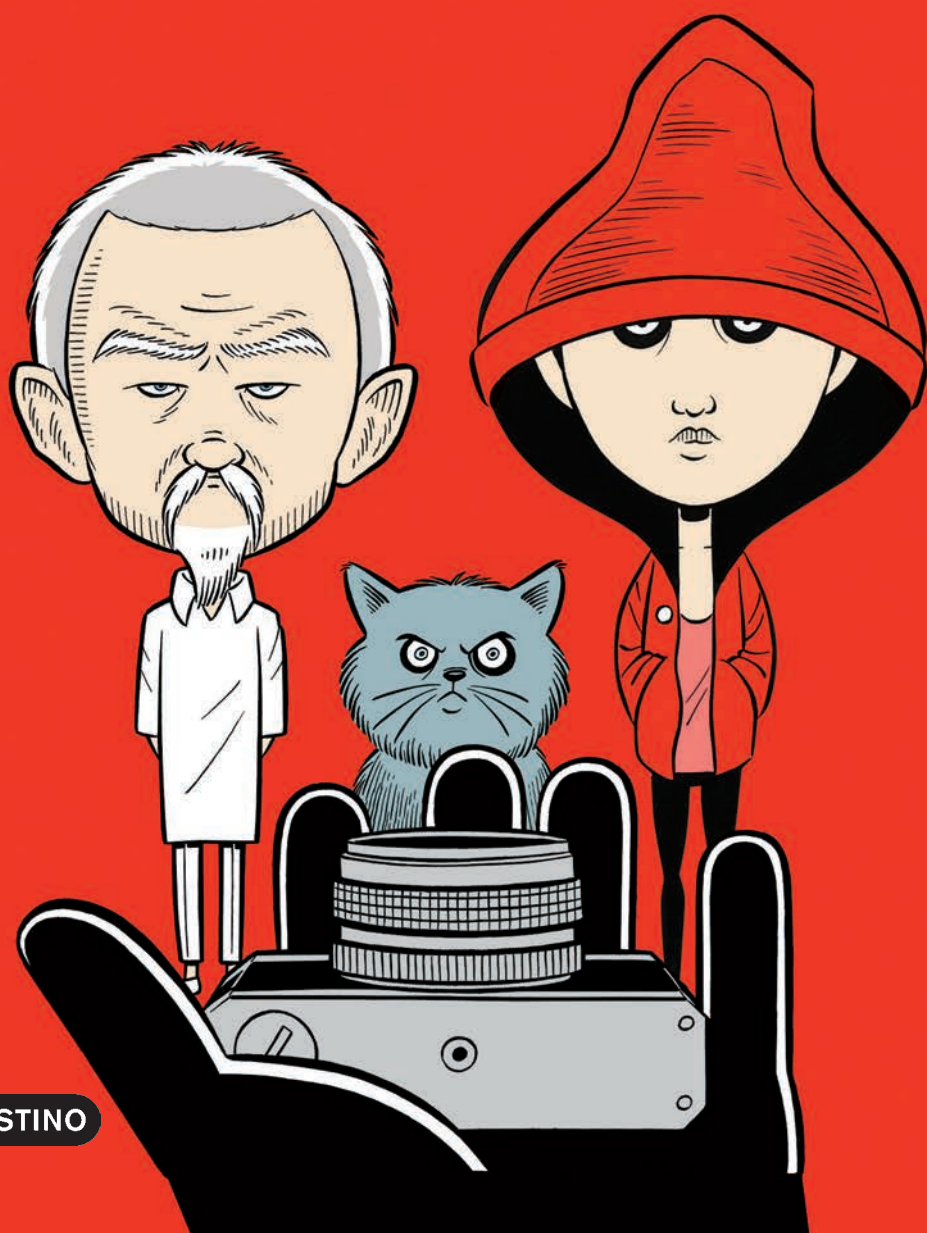




# Sakamura y los turistas sin karma

## Pablo Tusset



Sakamura  
y los turistas  
sin karma

Pablo Tusset

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1403

© Pablo Tusset, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2017)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: junio de 2017

ISBN: 978-84-233-5245-6  
Depósito legal: B. 12.100-2017  
Impreso por Black Print  
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# El discreto encanto de lo Wabi-sabi

Aquel mismo miércoles de junio era el cumpleaños del ex inspector y maestro zen Takeshi Sakamura, y desde que se levantó al alba le estuvo rondando una pregunta difícil. A saber: ¿Cómo era posible que a sus ochenta y cuatro años todavía no quisiera morirse?

Salió de su casita del pasaje Ziggy Stardust en cuanto terminó las abluciones, la meditación en la penumbra del pasillo, los ejercicios de kendo contra el ficus del patio y el fregoteo del suelo de las dos plantas con una bayeta húmeda. Para entonces el sol estaba ya alto en la calle y el bochorno iba in crescendo.

VECINA 1: Sí, suele salir hacia las nueve, cuando yo estoy barriendo la acera. Siempre saluda de esa manera tan japonesa, muy educado. A veces me lo encuentro en los supermercados Milady; debe de vivir solo porque sólo lo he visto comprar mallas de naranjas, pero dice la cajera que a veces se lleva un paquete de arroz de marca blanca. Creo que es un policía expulsado del cuerpo, o, algo parecido, cuando los okupas se marcharon de la casa porque estaba a punto de derrumbarse el propietario se la alquiló a unos funcionarios de la Omnipol. Lo sé porque una sobrina mía trabaja en la inmobiliaria que lo lleva.

Por aquellos días, los únicos contactos que el ex inspector mantenía con la central de la Omnipol en Lyon eran la revista *Secret Policeman Secrets* —le llegaba certificada cada tres meses— y el smartphone multiplex que le enviaban por valija diplomática a medida que los modelos anteriores quedaban obsoletos. Ninguno de ellos había sonado jamás en siete años. El escándalo estalló nada más publicarse la novela de la que fue protagonista y cuyo título incluía inequívocamente su nombre, *Sakamura, Corrales y los muertos rientes*. Un ejemplar pasó de mano en mano por todos los departamentos de la central y no tardó en desencadenarse una avalancha de llamadas desde las más altas instancias. Poco después se llegó a un acuerdo entre funcionarios japoneses y de la Unión Europea para proveer de alojamiento en Barna City al todavía entonces inspector de la Brigada de Casos Raros, sin duda con la esperanza de mantenerlo alejado tanto de Tokio como de Lyon sin llegar al extremo de expulsarlo del espacio Schengen. La idea era que un japonés —turista o ex policía incómodo— llamaría menos la atención en Barna City que en las islas Feroe, sobre todo si lograban alojarlo en las cercanías de algún edificio de Tony Gaudí, el arquitecto con más seguidores japoneses en Twitter. El ex inspector Sakamura recordaba con dolorosa nitidez cómo el teniente Laforet le mostró un ejemplar del *National Geographic* dedicado al famoso Güell Park. No llegó a implorar de vergüenza sentado ante las fotos de aquel lagarto alicatado con baldosines rotos, pero la humillación vivida lo convenció de que ya sólo le quedaba morir y liberar al contribuyente de la carga de su asignación como agente de enlace

provisional, un eufemismo que apenas maquillaba el retiro ignominioso al que se le relegaba. Después se subió al primer avión con destino a Barna City y trató de decidir durante el breve vuelo si sería más digno practicar seppuku junto al lagarto de colores o dejarse morir de colesterol para que su cadáver no levantara suspicacias. Sin embargo, desde entonces habían pasado nada menos que siete años, seguía comiendo con apetito sus dos cuencos de arroz diarios y todavía podía mantener la postura de la garza, para estupefacción de niños y yorkis en los jardines del Paseo Sam Peckinpah.

Pero el kunfú en los jardines le ocupaba al ex inspector sólo la mañana de los sábados, los miércoles en cambio impartía clases gratuitas de taichí en el Citypark y por eso al salir de casa caminaba hasta Janis Joplin para tomar el autobús. Aquel día dos jubiladas esperaban al 51 azotándose el escote con revistas de papel cuché. Isabel Preysler y Salman Rushdie compartían mesa en portada como en una escena de *La dama y el vagabundo*.

—Ah: mucha señora caliente por todas las tetas —saludó el maestro en su mejor registro coloquial. Después se inclinó en Gassho antes de sentarse en la banqueta.

JUBILADA 1: Era un viejo bajito y escuchimizado, con una guayabera blanca y zapatillas de ballet, pero se le veía una expresión como de sátiro oriental. Nos apartamos de él todo lo que pudimos, y eso que cuando nos soltó aquella impertinencia en la parada no sabíamos nada de ataques japoneses en la ciudad.

JUBILADA 2: Yo creo que lo vi un día haciendo posturitas en el Paseo Sam Peckinpah. Desde luego no parecía un turista normal, ni siquiera hacía fotos.

Cuando llegó el 51 las jubiladas insistieron en que el ex inspector subiera antes que ellas y hasta lo apremiaron con unos toques de revista enrollada. El maestro eligió un asiento de ventanilla y se abstrajo en sus pensamientos. ¿Acaso era feliz en Barna City?, ¿era eso lo que le impedía morir de una vez? Desde luego el clima húmedo y caliente era algo mejor que en el norte de Europa, casi le recordaba al de Tokio, lo extraño era que con aquel bochorno no se criaran pangolines. Le llamó la atención un autobús descapotado que se detuvo junto al 51 en la plaza Lisa Simpson. Llevaba un cargamento de turistas narigudos de tamaño colosal, quizá alemanes u holandeses recién llegados, con la piel translúcida como rambután en almíbar. Dos parejas sentadas en las filas de atrás representaban las dos caras de la pasión humana: una de ellas se besaba absorta en sí misma —esa manía tan occidental de besuquearse en público—, y la otra miraba los edificios circundantes hacia lados opuestos, como un solo y adusto Jano Bifronte. Amor y odio: he ahí dos verdaderas razones para seguir viviendo, pensó el maestro. Él había conocido el amor de las Geishas Blancas cuando era un joven monje piojoso y aún no había recibido los preceptos, pero tuvo que confesarse que a sus ochenta y cuatro años conocía también el odio más intenso, por muy vergonzante y poco zen que aquello pareciera. Y no se trataba de ese odio abstracto a la guerra, al hambre o a la enfermedad que perturbó al príncipe Siddhartha y hoy proclaman todos los polí-

ticos incompetentes, era odio carnal y concentrado en alguien concreto, con rostro, nombre y apellidos: Pablo Tusset. Así firmaba el autor de aquella comedia envenenada que acabó con su carrera policial y abochornó a la comunidad zen en occidente. Si el inspector había tenido un archienemigo, ése era sin duda el infame Tusset. De pronto, mirando el tráfico desde su asiento en el autobús, el maestro creyó comprender el secreto de su longevidad. Era el rencor el que no le dejaba morir, no podía arrastrar ese mal karma hasta la rueda del samsara, y una situación semejante sólo admitía dos desenlaces: el perdón o la venganza.

No es de extrañar que, absorto en el terrible Koan que se abrió de pronto a su comprensión, el ex inspector no reparara en la noticia que difundían los monitores del techo del autobús, en alarmantes letras rojas corriendo bajo la imagen del Tobogán Inconcluso:

«...Turistas japoneses atacan a niños y jubilados en Barna City. Agencia... Turistas japoneses atacan a niños y jubilados en Barna City. Agencia...»

JUBILADA 1: Estuvimos a punto de advertir al conductor de que viajábamos con un japonés sospechoso, pero entonces vimos cómo saltaba del asiento para solicitar parada.

JUBILADA 2: En mi vida he pasado tanto miedo, no puedo decir más.

El maestro cruzó el Paseo Jeff Koons para entrar en el Citypark por uno de los accesos laterales opuestos al parlamento de Barna City y al zoo, pero una ligera brisa caliente traía algo de su pestilencia hasta



el otro extremo del parque. Aquél era el lugar donde más discípulos había logrado reunir y mantener —media docena en las últimas sesiones—, un éxito que lo animaba a perseverar en sus a menudo solitarias prácticas en los jardines de barrio. Caminó hasta el pequeño olmedo delimitado por una balaustrada de piedra. En el centro del recinto habían retirado la estatua de un poeta local que no interesaba a los turistas para poner a Bilbo Bolsón entregando el Anillo Único presumiblemente a su sobrino Frodo, que quedaba fuera de estatua. Era un lugar perfecto para practicar taichí, con mesas y bancos donde los participantes solían dejar sus bolsas y refrescarse al terminar. En esas reuniones informales el ex inspector había aprendido gran cantidad de expresiones coloquiales en lengua occidental; por ejemplo, «hay que ver la calidad que tienen las series de televisión actuales», y también las muchas variantes de «este calor que hace no es normal», a las que uno debía responder algo parecido a «todo esto es culpa del calentamiento global».

Al rodear la balaustrada y adentrarse entre los olmos, el maestro vio que sólo estaban allí el muchacho gordito con sudadera verde y un espontáneo que no parecía taichista a juzgar por el carrito y el tetrabrik de vino.

MUCHACHO CON SUDADERA VERDE: No, nunca hablamos mucho, pero me gustan los japoneses, creo que si yo fuera japonés sería hikikomori. Actualmente vivo con mi abuela diabética y escribo el episodio piloto para una serie de televisión. Va sobre un zombi japonés que imparte clases de taichí por los parques. Hay que procurar ser comercial.

El ex inspector no llevaba reloj desde 1973 —se le cayó en un charco en el transcurso de una persecución policial en Montparnasse—, pero sus biorritmos le informaban de que eran las once menos nueve minutos, y a esa hora solían haber llegado tres o cuatro de sus discípulos habituales. El siguiente en comparecer fue el vigoréxico de la silla de ruedas deportiva, con una de sus camisetas de tirantes y el teléfono amarrado a un antebrazo musculoso como el lomo de un delfín. Unas brazadas sobre la goma de las ruedas lo propulsaron como un bólido hasta la estatua de Bilbo Bolsón.

—¿Usted se cree que este calor es normal? —le dijo al maestro a modo de saludo.

—Ah, sí: mucho calentamiento global.

A las once menos tres minutos según biorritmo de Greenwich llegó la anciana punk con artritis, y a las once en punto pareció evidente que no iba a venir nadie más, así que empezaron con posiciones de equilibrio y unas katas de chikung para los dolores articulares.

ANCIANA PUNK: Me acuerdo de aquella mañana porque estrenaba un collar de perro que me hacía una rozadura. Sí, había oído algo de ataques japoneses a unos críos, pero todavía no se sabía nada del asesinato en Belviche Town; no pensé que pudiera haber peligro a pleno día. ¿Tensión sexual no resuelta? Es posible, a veces te mira las tetas, pero a mí me parece un oriental inofensivo.

VIGORÉXICO: La gente es así, te ponen etiquetas y esperan que te ciñas a ellas. Aquel día le tocó a los japoneses.

Una vez concentrados en la sesión repasaron el elegante movimiento *La pantera se despereza* que habían aprendido la semana anterior. Después el maestro introdujo *El ciervo lanza las maracas* adaptado a la silla de ruedas y terminaron la sesión con *El monje se resiste a que lo encierren*. Ahí estuvieron lo bastante sincronizados para merecer un aplauso del espontáneo del tetrabrik, el único espectador que tuvieron aquella mañana —a excepción de unos judíos ortodoxos con un pittedbull que se detuvieron para reclamar la expulsión de los budistas—. Tras cerrar con los tradicionales saludos Bao Quan Li, el muchacho de la sudadera verde dijo adiós y desapareció entre los setos. El trío restante se reunió en los bancos.

—Mucha poca persona hoy, ¿sí? —dijo el maestro.

—Eso va a ser por los ataques japoneses —el vigorético se rebañaba las axilas con una toalla—. No haga caso, se les olvidará en cuanto pase cualquier otra cosa.

—Y no se apure que nosotros no le tenemos miedo —dijo la anciana punk.

El maestro conocía la palabra *ataques* pero no había tenido noticia de ataque alguno, y el vigorético desfundó el smartphone para mostrarle su cuenta de Twitter con 5K seguidores. El hashtag *#AgresiónJaponesa* aparecía ya como trending topic en Barna City.

PEPE CHUSMA: Bravo, en esta ciudad de analfabetos pendencieros hemos conseguido volver agresivos hasta a los turistas japoneses.

CUÑAO DE HAMLET: ¿Y si eran norcoreanos, o taiwaneses, o chinos de Qingdao?

TOCO MOCHO: A ver, quién les ha dado de comer a los japoneses después de medianoche...

MARIBEL LA COSMONAUTA: Tengo un pekinés sin pedigrí, ¿debo tomar precauciones?

EL DIARIO CULTURETA: Murakami y la violencia japonesa: *Underground: The Tokyo Gas Attack and the Japanese Psyche*.

POLICÍA DE BARNACITY: Estamos informados y trabajando en ello, pero NADA es tan urgente como para que envíes un tuit mientras conduces.

JODEMOS: Ésta es la última consecuencia del capitalismo posfordiano. Visítanos en la deepweb y colabora con la resistencia al turismo en Jodemos.onion.

PABLO COELHO, FRASES: ¿Por qué sigo escribiendo? Porque el mundo merece otra oportunidad.

El maestro Sakamura podía leer carteles como los de los autobuses o los supermercados Milady, pero asimilar 140 caracteres occidentales al vuelo no era tan fácil, y había que inclinar mucho la cabeza para poder leerlos de izquierda a derecha. En cuanto a los abundantes memes humorísticos de japoneses agresivos, pensó que eran insertos publicitarios y trató de obviarlos para concentrarse en la letra. Lo cierto es que no terminó de encontrar la relación entre todo aquello y la pérdida de la mitad de sus discípulos de taichí del miércoles; sin embargo, su instinto de ex inspector de la Brigada de Casos Raros se activó como un yorki ante la caída de un pollo de cotorra. Algo extraño estaba ocurriendo en la ciudad, y al parecer tenía que ver con sus compatriotas japoneses.

El ex inspector Sakamura llegó de vuelta a los jardines de la Sagrada Familia cerca del mediodía y sus sospechas se confirmaron. A la orilla del Gran Charco Marrón había como siempre jubilados con muletas y montones de turistas: en grupo, en racimo, en escuadrón, en pareja y alguno suelto buscando alrededor. Los había europeos comunitarios y extracomunitarios, norteamericanos, rusos, chinos e incluso australianos con sombrero de ala ancha; pero ni un solo turista japonés.

Ante aquel fenómeno inaudito, el maestro sintió una fuerte retracción del Chi. Siguió el perímetro del charco y se acercó un poco más al imponente Tobogán Inconcluso, por aquellos días cubierto con una lona que publicitaba preservativos. En el momento de redactar estas líneas lo previsto es que las cascadas para el rafting caigan desde lo más alto de las torres y que las obras de alicatado y fontanería se demoren hasta el año 2289, pero entre las grúas ya se adivinan los trampolines de mosaico policromo y algunos tramos del tobogán en tirabuzón que rodea la cúpula principal. El maestro cruzó la calle Red Hot Chili Peppers para llegar a las colas de entrada a las obras. Ni un solo japonés, en ninguna de ellas, ni siquiera en la de robos y reclamaciones, que solía ser la más concurrida. Es más: reparó en que algunas personas lo miraban raro, y una yorki en brazos de su turista le ladró como en cámara lenta, todo era tan extraño que el maestro temió haberse metido en una película de David Lynch. Enfiló camino al pasaje Ziggy Stardust dándole vueltas al misterio. No era posible que todos sus compatriotas hubieran tomado a la vez un avión de vuelta al Japón, la mayoría de ellos debía de seguir

en la ciudad o sus cercanías. ¿Se estaban acaso escondiendo? Cuando un japonés se esconde lo más seguro es que sienta vergüenza, pensó, aunque tampoco cabe descartar el miedo a un tsunami, animal grande o persona furiosa.

El maestro nunca había entrado en el bar Gaudí pese a que estaba en la esquina de su pasaje, lo que sabía de él era lo que se veía a través de las cristalerías: el televisor colgado a modo de pantocrátor, las infografías de la Sagrada Familia terminada según los nuevos planos, y varias mesas ocupadas por fontaneros y alicatadores del tobogán central. A su paso vio que el televisor estaba sintonizado en un canal de noticias y no dudó en traspasar el umbral por primera vez. Dentro había aire acondicionado y tuvo que hacer unas katas de taekwondo para prevenir neumonías.

—Fruta de bola, por favor —le pidió al camarero.

—De qué bola.

El ex inspector había trabajado a fondo la pronunciación de la palabra *naranja* pero era endiabladamente difícil, mucho más que *arroz* y casi tanto como *cangrejo*. Por suerte, las naranjas estaban a la vista y pudo señalárselas al camarero.

CAMARERO 1: Ah, ¿es vecino del pasaje? Lo había visto pasar por delante, pero pensaba que era cliente del club cannábico; la mayoría son chavales, pero no sé, por la pinta, así, despistado... Se quedó en la barra mirando las noticias; no sé de qué hablaban, supongo que de acabar con la corrupción, como siempre.

El camarero sirvió la fruta de bola en un plato con cuchillo y tenedor, lo que iba a ser un problema para el maestro, pero algo que dijo la presentadora del noticiero llamó su atención y se olvidó de la naranja:

Misterioso asesinato en Belviche Town.

A aquellas horas lo sucedido en el laboratorio había trascendido desde Twitter a las fuentes policiales, y de ahí a las redacciones de prensa digital y televisión. Tras el inevitable interludio de música superdinámica la presentadora detalló la noticia:

La policía de Hospitalet DF ha sido alertada este mediodía por transeúntes que afirmaban haber visto a un individuo desnudo y con síntomas de hipotermia en la exclusiva barriada residencial de Belviche Town. Las primeras pesquisas tras el aviso han dado con el cadáver de un varón de unos treinta años en un laboratorio clandestino cercano al lugar. Se trabaja en la identificación de la víctima, al parecer un ingeniero sin cuenta conocida en las redes sociales ni documentación complementaria. ¿Sabemos algo más in situ, Jonathan?...

—... Pues sí, Vanesa, sabemos que el cuerpo ha sido hallado congelado en argón molecular y orina y que no se descarta el asesinato. Algunos testigos aseguran haber visto a dos orientales en las inmediaciones del laboratorio, uno con gafas y chaleco y otro con un gorrito de pesca de color trucha, aunque no han especificado si se trata de trucha común o asalmonada. De ahí que se especule con la posibilidad de que el suceso pueda estar relacionado

con los ataques de turistas presuntamente japoneses denunciados esta mañana en distintos puntos de la ciudad...

El inspector había cazado algunas palabras interesantes, pero no lograba hilvanar un relato que explicara la desaparición de sus alumnos de taichí y menos aún de todos los turistas japoneses a la vez. Los presentadores hablaban en occidental demasiado rápido, era como tratar de entender una conversación bajo el agua.

CAMARERO 1: Bueno, no tocó la naranja, se pasó el rato atento a la pantalla y ponía cara de concentración, como si le dolieran las muelas. No me fijé mucho porque era el cambio de turno de los alicatadores del tobogán y en cuanto terminan el tercer carajillo quieren pagar todos a la vez y salir zumbando a sus andamios.

Definitivamente era momento de que el maestro se enfrentara al smartphone multiplex que guardaba bajo candado en el armario del dormitorio. Valiéndose de él quizá pudiera obtener información inteligible en aquella internet moderna de la que todo el mundo hablaba. Había visto a niños manejarse con ella, no podía ser muy difícil, seguramente sólo tendría que pulsar algún icono para configurar el aparato en japonés y después leerlo todo en ideogramas bien grandes.

—Fruta de bola take away, ¿sí? —le dijo al camarero.

Cuando llegó con la naranja intacta a su casita de dos plantas sólo tuvo que empujar la puerta, no tenía



más muebles o enseres que el armario del dormitorio y resultaba absurdo cerrar con llave.

VECINA 1: ¿Deja la puerta abierta? Bueno, la verdad es que no hemos vuelto a tener problemas con los okupas desde que se marcharon de allí los últimos. Es la única casa antigua que queda en el pasaje, la iban a derribar cuando la alquilaron los funcionarios europeos que te decía. Nos temíamos que fueran a hacer apartamentos turísticos, así que nadie de la asociación de vecinos protestó.

GASTÓN FRANELA, INTERIORISTA: Examinando las imágenes que usted me envía, yo hablaría sin duda de una estética Wabi-sabi, entendida como la belleza de lo viejo, de lo imperfecto, de lo remendado y usado hasta el desgaste. Resulta muy japonés en su vertiente zen pretecnológica. Por ejemplo esas paredes con grafitis y restos de moho evocan cierto desconsuelo, sin duda, pero también nos hablan de una liberación de la tiranía material, de la sencillez de una vida más pura y volcada hacia el interior.

Lo cierto es que, según sabemos por otras fuentes, el interior de la casa estaba limpio hasta la exageración, y olía a incienso y a la cera con que el inspector abrillanta una vez al mes las baldosas hidráulicas hechas añicos. Aunque no disponemos de documentación videográfica del momento, podemos imaginar sin mucho esfuerzo cómo se comportó al entrar en su domicilio habitual. Seguramente se apresuró escaleras arriba hasta el dormitorio, encendió la bombilla y se descolgó del cuello la llave del candado que cerraba el armario, un viejo tres cuerpos pintado con espray

rosa que dejaron los okupas. Nada más abrir debió de ver algo raro en la oscuridad: una luz. De hecho siempre había una luz brillando en la oscuridad del armario porque allí es donde guardaba su smartpho-ne multiplex, pero solía ser verde y fija, y esta vez era de color fruta de bola y parpadeaba sin parar. El inspector miró la pantalla. Era fácil deducir que el número 3 sobre el icono con forma de auricular indicaba que alguien lo había llamado por primera vez en siete años. Y lo había llamado nada menos que tres veces.

¿Alguien de la Omnipol?

No podía ser de otra manera.

Seguramente se bajó el aparato a la sala y se sentó sobre los talones en la manta marrón con ciervos que compró en Humana por tres euros —según ticket de caja al que se ha tenido acceso para documentar este relato—. Sin duda le resultó imposible configurar el teléfono en japonés porque los veinte pasos hasta el menú de configuración de idioma no estaban en japonés; quizá pulsó metódicamente todos los iconos con la esperanza de encontrar el que lo conectara a alguna clase de internet, aunque fuera occidental, y si en algún momento avanzó hacia alguna parte —puede que calibrara una brújula, jugara una partida de frutas que estallan y se hiciera varias fotos de los pies—, no hubo manera de saber si la prueba superada servía a su propósito. Tras un rato de forcejeo dejó el dispositivo diabólico sobre la manta y juntó las manos sobre el chakra umbilical para restituir su Chi. Quizá entonces escuchó un campanilleo electrónico sonando sobre la manta, a volumen creciente. Los pocos y casi imperceptibles botones físicos que encontró manoseando el aparato no parecían respon-

der, pero en su ofuscación terminó hablándole a la pantalla de todos modos:

—Ah, sí: todo calor global viene deprisa —dijo a modo de saludo.

—*¿Pardon?*

Aquella era una variante del occidental que al maestro le resultaba conocida.

Y la voz era igualita que la del teniente Laforet, de la Brigada de Casos Raros.